

## **Crudos Sucios Sangrientos**

*Cristina Selva & Antonio Marcelo Beltrán*

<https://suciosysangrientos.wordpress.com/>

### **Siete nueves (Deathclock)**

Si cierro los ojos puedo recordar la Vía Magna abarrotada de gente; gente hacinada, codo con codo, peleándose por un espacio de acera, invadiendo los seis carriles cortados al tráfico de manera excepcional. Había gente subida a las farolas, gente trepando como mandriles a las ramas de los tilos centenarios, gente que había pagado miles de euros por el privilegio de un lugar en el balcón de los pastosos cuyas mansiones daban a la calle, la más prestigiosa de la ciudad. El monitor de la sala de espera mostraba una pequeña fracción de toda aquella muchedumbre, nos permitía ver el espectáculo cómodamente sentados, interesados y eufóricos a pesar de todo; el cámara se volvía loco para abarcar toda aquella manada que reía, aplaudía, daba gritos de impaciencia, se metía mano y respiraba una y otra vez el mismo aliento colectivo; todos mirando hacia un mismo punto: un inmenso panel con números rojos que cambiaban constantemente; y cada número era un muerto.

El panel estaba ubicado en el edificio más emblemático de la capital; emblema sobre emblema, ya que él mismo, con sus toscos números dibujados con un sinfín de bombillas led, había acabado convirtiéndose en uno de los monumentos de la ciudad. Ahora protagonizaba desde camisetas hasta botellas de alcohol, desde condones hasta imanes de nevera. Y en su centro un rectángulo negro ominoso con siete números en rojo y en la parte superior, trazadas en grandes letras también rojas, una palabra: *DeathClock*.

DeathClock: el Reloj de las Muertes Violentas.

Si cierro los ojos veo cómo se mueven los números. Siempre hacia adelante: la Muerte jamás suelta una pieza. Atracos a mano armada con un disparo final, mujeres violadas y estranguladas entre la basura de un callejón, bebés que reciben la última paliza doméstica, accidentes de tráfico, desdichados que se ahorcan en la soledad de su habitación a oscuras...

Números, números, números. En la planta cincuenta del rascacielos, a un par de metros de distancia de la parte inferior del cartel, el informático jefe sudaba

la gota gorda mientras comprobaba que todos los programas funcionasen correctamente. Hacía menos de un mes que su propio padre había tenido su minuto de gloria en el contador del reloj pero ahí estaba ahora él, sonriendo con satisfacción mientras comprobaba una por una las bombillas del panel de las centenas. Una semana más tarde se iba a convertir en el muerto 1.000.235, lo maté yo mismo, pero eso, como es natural, él no podía saberlo. A su lado estaba el viudo de la mujer 733.498, repasando con parsimonia los sensores del panel número siete, el de las unidades de millón, que según las previsiones de estadísticos, policías y sociólogos se iba a encender aquella misma tarde, en algún momento entre las siete y las diez de la noche, dependiendo de la cantidad de lluvia que cayera en las carreteras del Norte y de los litros de alcohol que los veraneantes de las playas del Sur fueran capaces de beber.

Las siete cifras cambiaban, siguen cambiando hoy, velozmente. El panel de las unidades a veces parpadeaba y se comía algunos números cuando había varias víctimas que se disputaban la preferencia.

808.102... 808.105: un hombre se salta un stop mientras va con su familia a pasar el día en la playa.

909.234... 909.238: un policía de baja por depresión entra borracho en un bar y dice que esa ronda la paga él.

947.015... 947.054: al conductor de un autobús escolar le llama su mujer al móvil para preguntarle qué va a querer para comer.

Números, números, números. Si cierro los ojos, los sigo viendo.

---

## **La autopsia de la araña**

Cuando al teniente Eleuterio Ramírez le sonó el teléfono a las dos de la madrugada se cagó en todo lo que se meneaba. Encima era la siesa de Adoración Ansón, una cuarentona malfollada, adicta al trabajo, que echaba decenas de horas extra con tal de no ver cómo su marido se la pelaba en el baño. Fue ella la que le anunció con su voz de graja que unos campesinos de la zona norte habían encontrado el cadáver de un animal muy raro.

—Joder, Ansón, me cago en la puta.

–Lo siento, jefe, pero esto parece una cosa seria. Según Segado esto no debería trascender.

–Segado sigue sin salir del cascarón, cago en la puta.

–Va con Andechaga. Opina lo mismo.

–¿Y los campesinos?

–Retenidos, pero no podrá ser por mucho tiempo.

–¡Tendrá que ser el tiempo que sea necesario! ¡Cago en la...! ¿Dónde has dicho que lo han encontrado?

–En La Rabia, en el macizo boscoso que hay en el meandro de El Capitán.

–¡Hay que joderse! Mándame las coordenadas, voy para allá –lo pensó mejor antes de colgar y le preguntó–: ¿por qué me llamas tú y no Chaneiro?

–Mi teniente, se ha perdido un crío y está él con eso. Además, ya sabe cómo es Chaneiro... –dudó si seguir por ese camino.

*Un hijo de puta de mucho cuidado*, pensó Eleuterio; pero no lo dijo.

–Gracias, Dori.

–De nada, mi teniente.

Se tomó un café denso y amargo, sin azúcar, que llevaba hecho ya cuatro días y cuyos posos comenzaban a solidificarse en el fondo de la taza de la cafetera. Se encendió un ducados y la primera bocanada le entró en el pecho tan fuerte que le arrancó un ataque de espesa tos mucosa. Comenzó a ponerse los pantalones del uniforme antes de haberse terminado el cigarrillo, apuró la boquilla y casi se chamuscó el bigote que se le metía ya a mitad de labio; hoy tampoco podría recortarse la barba. Se puso las botas de montaña con los calcetines grisáceos y hechos un gurrño que había dentro.

Del trayecto del pabellón al todoterreno verde militar se le atravesó un gato negro, pequeño, de ojos amarillos; cruzó los dedos. Mal agüero, aquello no pintaba nada bien. Además, unas afiladas gotas de lluvia ligera se depositaron en el pelo y la barba abundantes del teniente. ¿Es que en esta puta tierra húmeda no dejaba nunca de llover? ¿Quién le mandaría coger este destino de mierda con lo bien que estaba el Sur, interceptando a los putos negritos en sus pateras...?

Al sentarse en el asiento notó un escozor en el ano que le hizo fruncir aún más el ceño. La noche anterior se había hecho un par de chorizos picantes a la plancha con pan de leña. Todo placer tiene su penitencia.

De camino llamó a Andechaga, un agente experto, cerca ya de jubilarse, que seguía haciendo calle porque decía que si lo metían en una oficina lo mataban. Estaba gordo, y si el asunto no era muy importante se mostraba desganado, de vuelta de todo. Sin embargo, si la cosa era seria trabajaba como el mejor guardia civil que Ramírez había conocido nunca. Lo llamó.

–A la orden, mi teniente. Esto tiene que verlo, joder, esto no es de por aquí. Es lo más raro que me he encontrado en las cuatro décadas de profesión que llevo a mis espaldas.

–Pero algo me podrás decir, Andechaga, por tu puta madre, ¿es un cadáver de qué?

–Ésa es la historia, mi teniente, que no tenemos claro de qué.

–¿Estado de descomposición?

–Por el olor que desprende diría que está medio podrido, pero de aspecto parece recién muerto. Tiene la piel marrón, muy gruesa, como el cuero. Es como un mono gigante, hinchado y pelado.

–¿No será el cadáver de un hombre ahogado?

–Que no, joder, que no, que de ésos he visto a cientos; es... otra cosa.

---

### **Yo he visto cosas que vosotros no creeríais**

Íbamos a cargarnos el transformador atmosférico de la isla de Ons. Hasta 2022, un lugar privilegiado, hermoso por sus paisajes naturales y por su propia fiereza. La isla de Ons, y los cuatro o cinco peñascos que navegaban a su lado, le frenaba los vientos de Poniente a la ría de Pontevedra. Un paraíso natural en el que pasar el día, echar un polvo y disfrutar de la arena caliente y el agua helada.

Hasta 2022.

Como todo el mundo sabe, la Nochebuena de 2022, dos años, dos meses y dos días después del Flash, los araknos llegaron a nuestro planeta en tropel. Primero vino el Flash, ya quedó dicho. Nunca podremos saber si aquella onda de origen desconocido que acabó con el noventa y nueve por ciento de los seres humanos fue causa o consecuencia de la invasión; si los araknos lanzaron aquel apocalipsis sobre el planeta Tierra para diezmarnos y hacer más fácil una invasión posterior o si se limitaron a aprovechar nuestros propios errores –una onda electromagnética escapada de un laboratorio de Maine, por ejemplo– para pescar con eficacia en nuestro río revuelto.

El caso es que ahí estaban. Los muy hijos de puta. Con sus máscaras de cuero, sus pieles gordas y oscuras como las de los jabalíes y sus dos pares de brazos, los normales y los atrofiados. Con su remota semejanza a una araña puesta sobre dos patas, una araña inteligente, maliciosa y muy agresiva. Había cerca de cuarenta araknos en la isla de Ons, atendiendo al potente transformador atmosférico, y Serrano, el Pajas, Viriato, yo mismo y otros tres nos los íbamos a cargar sin contemplaciones, como las alimañas venenosas que eran.

\*\*\*

Habíamos conocido la existencia del transformador gracias a Casio Querea, el mítico retenedor venido de la ciudad libre de Coy, en las montañas entre Lorca y la provincia de Almería. A Casio le había dado la información algún núcleo de la Resistencia gallega o leonesa, y se la había transmitido tal cual a Andy, el sheriff de Toral de Fondo. El bueno de Andy, con su silla de ruedas, su media docena de hijos y su pericia navegando por los restos de la Internet humana y de la Telarakna tejida por la inteligencia extraterrestre que llevaba cinco años tratando de someter a la raza humana.

–No cojáis mejillones –advirtió Serrano, enseñándonos un puñado de conchas grandes, curvadas y de color gris.

Había abierto una de ellas con una uña que tenía poco que envidiar a los propios moluscos y nos estaba enseñando el bicho hinchado, de color púrpura, que parecía estremecerse al contacto con el aire. Un aire que nos habría envenenado de no ser por las escafandras que nos daban el oxígeno y el nitrógeno necesarios. A poco más de dos kilómetros del transformador atmosférico, el aire que nos rodeaba estaba compuesto casi en su totalidad por amoníaco, dióxido de carbono, gases de bromo y la media docena de

porquerías que los araknos necesitaban meterse en los pulmones, o en el amasijo de vísceras que en ellos desempeñase la función respiratoria.

Los *transfat* –como los hackers llamaban a aquellos transformadores en sus charlas clandestinas– tenían capacidad para procesar miles de hectómetros cúbicos de aire por segundo; huracanes enteros que entraban por unas toberas, se sometían a unos procesos químicos incomprensibles para nuestra tecnología relativamente poco avanzada y salían convertidos en aquel veneno que para los araknos resultaba tan saludable y placentero como para nosotros una suave brisa primaveral. No podíamos saber cuánta mierda por segundo era capaz de producir el *transfat* de la isla de Ons, pero sabíamos que sólo harían falta setenta kilogramos de pasta de heftalita para destruir las instalaciones, y de paso lanzar por los aires a todos los hijos de puta con tentáculos que las custodiaban.

Tras coger el puñado de mejillones –proliferaban abundantes pocos metros más abajo de nuestro escondrijo, entre las rocas batidas con fiereza por el océano–, Serrano se acercó el bicho de color púrpura a la nariz y se sorprendió como un idiota cuando sintió el golpe. Las máscaras que llevábamos eran tan cómodas que uno tardaba poco en habituarse a ellas. Llevábamos los ojos bien protegidos –en el caso de Serrano, eso implicaba dejar un espacio para meter aquellas gafas tuyas tan grandes como televisores–, y la nariz y la boca estaban completamente a salvo de inspirar aquel veneno que allí, en el interior de aquella cueva húmeda y cerrada, y a tan poca distancia del *transfat*, nos habría matado en unos segundos. El único inconveniente era la comida, pero no pasaba nada por tener que alimentarse a través de una pajita durante un día y una noche. Por suerte aquella combinación de gases sólo producía una ligera irritación al contacto con la piel humana; un efecto bastante más leve que el que tenía sobre aquellos pobres mejillones escocidos a los que Serrano lanzó al mar con fuerza. A un mar en el que aún se veían algas –bastante pocas–, peces –aún menos– y algún que otro cetáceo desconcertado por el cambio constante en el agua. Conocíamos la historia de las cinco mil ballenas varadas en las costas de Islandia, donde los araknos tenían uno de los *transfat* más grandes, y la de las focas que habían encontrado en Chile, a dos kilómetros de la playa, muertas de sed y deshidratación y con las aletas ensangrentadas por aquella caminata contra natura con la que habían querido escapar de un océano convertido en una sopa ácida para mayor deleite de la fauna y la flora de los araknos.

Una fauna y una flora que, por el momento, no estaban consiguiendo ganarle la batalla a sus anfitriones forzosos. A diferencia de los humanos, que sin duda habíamos sido diezmados aposta, el resto de habitantes del planeta seguía dominando sus ecosistemas respectivos; y, después de millones de años de adaptación, sabían reaccionar con eficacia para defenderse del agresor. Las moscas, las arañas de verdad –que no guardaban ninguna relación con los grotescos invasores antropomorfos de seis extremidades– y un porcentaje elevado de insectos y de bichos en general, estaban logrando sobrevivir a los gases venenosos multiplicando su capacidad de fecundar a las hembras y acelerando la eclosión de los huevos. La evolución premiaba a los ejemplares que toleraban mejor los gases que formaban la nueva atmósfera arakna; los que tenían mayor número de huevos y sacaban adelante a sus larvas a mayor velocidad también tenían muchas más papeletas para sobrevivir. Y lo mismo estaba pasando, según comentaban algunos hackers, con animales más complejos como ratas, conejos y algunas especies de aves. Las cucarachas habían resultado completamente inmunes a aquella mezcla de aire venenoso, algo que en el fondo a nadie sorprendió demasiado, a diferencia de los anfibios, los mamíferos, los peces y numerosas especies de árboles, que se estaban llevando la peor parte.

---

### **Un amor sin edad**

Nuestros encuentros eran intensos y extraños, empapados de una magia húmeda y burbujeante que se presentía en el pecho. Era pensar en ella y se me abultaba la anguila traviesa del pantalón. A aquellas alturas me daba igual que fuera fea o hermosa, la amaba con una profundidad tal que dudaba pudiera ser cierta. Jamás sentí algo así por ninguna mujer; de hecho, jamás sentí algo así, tan intenso, por nadie en el mundo.

La quería con todo el corazón, pero un poco también con la polla; porque era fantástico lo que esa mujer misteriosa sabía hacer con los labios, con la lengua y con mi polla. Polla, me gustaba la palabra polla, aunque ya jamás podría desligar tal concepto del recuerdo de sus manos, la suavidad de su boca, la humedad caliente de su cuerpo y el frescor de su apenas perceptible aliento de fruta.

Todo empezó el día en que, después de arreglar nuestras disputas y tras mudarse toda la familia a Sevilla, por la crisis, yo me vi obligado a sostener al núcleo familiar cuidando al viejo. Al menos no era un desconocido; era mi propio bisabuelo que, al verme, pidió expresamente que fuera yo quien le hiciera compañía. El viejo estaba podrido de dinero y de años. Moriría sin testamento y los nietos, unos veinte, entre los que se incluía mi madre, merodeaban en insistentes círculos como buitres esperándolo verlo caer y liberar su fortuna.

El anciano era prácticamente un vegetal apacible apostado en su silla de ruedas. Yo no tenía nada especial que hacer, puesto que los sirvientes ya lo lavaban, lo vestían y le daban de comer; sólo leerle poemas, pasearlo por el inmenso jardín y hacerle compañía. Ni siquiera tenía que hacer noches, tan sólo las de los fines de semana por descanso del personal de servicio. Era un trabajo cómodo, bien pagado, compatible con mis estudios. Y desde que ella me visitara por primera vez entre sábanas, un empleo verdaderamente agradable.

Ella no quería decirme quién era ni cómo se llamaba, ni siquiera había querido mostrarme su rostro; tan sólo esperaba a que el sueño me venciese un poco para deslizarse entre mi ropa de cama, completamente desnuda, ansiosa, y lamirme con suavidad todo mi cuerpo tórrido. Cuanta más saliva tibia me dejaba en la piel, más temblaba y más subía la temperatura de ésta.

Recuerdo que había querido tomar el control, someterla, hacerle ver que, a pesar de mi juventud, sabía dar placer a una mujer a golpe de polla y lengua, pero ella era tajante.

–El sumiso eres tú, déjate llevar.

Y me dejaba porque, si no, ella se marchaba.

Tan sólo podía acariciar su cuerpo prieto y jugoso con manos de ciego. Nunca quería que encendiera la luz y yo quería llenarme los ojos de ella, de su piel, de sus pechos firmes y danzantes, de su gracilidad de movimientos, de la elasticidad de su carne, de la tibieza de sus labios, imaginaba que rosados. Si no era posible, al menos me habría gustado mirarla a los ojos y extasiarme con ella mientras me derramaba en su interior, pero ni eso me permitía.

Desde la primera, cada noche que pasé en aquella mansión lúgubre, oscura y de ambiente plomizo, ella se colaba en mi intimidad desprendiéndome de la ropa, de la vergüenza, y de toda mi energía viril. Era deliciosamente agotadora.



*Crudos Sucios Sangrientos*

*Cristina Selva & Antonio Marcelo Beltrán*

***<https://suciosysangrientos.wordpress.com/>***